Globethics Repository



Para un examen de sí mismo... (fragmento) [For a self-examination ... (fragment)]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Kierkegaard, Seren
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-13 08:54:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155085

Cuadernos de Teología
Vol. XXV, 2006. p. 305-313

Para un examen de sí mismo... (fragmento)

Søren Kierkegaard

Traducción inédita al castellano de un fragmento del discurso edificante "Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo", tomado de Kierkegaard, Søren Aabye, Samlede Værker, Copenhague, Gyldendal, 1962-64, Tomo XVII, pp. 68-78, realizada por el equipo interdisciplinario de traducción que se reúne en la Iglesia Dinamarquesa en Buenos Aires y que actualmente integran Andrés Roberto Albertsen, María José Binetti, Oscar Alberto Cuervo y Ana María Fioravanti. Contactarse en www.sorenkierkegaard.com.ar

Fragmento del capítulo I de

"Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo"

–Verano de 1851–

¿Qué se requiere para que sea de verdadera bendición mirarse a sí mismo en el espejo de la Palabra?

Ante todo, se requiere que tú no veas el espejo, que no mires el espejo, sino que te veas a ti mismo en el espejo.

Esto parece tan evidente que podría creerse que no hace falta decirlo. Sin embargo, es necesario hacerlo. Lo que me confirma en mi opinión es que esta observación no procede de mí; tampoco de lo que hoy en día llamamos un hombre piadoso, un hombre de sentimientos piadosos, sino de un testigo de la verdad, un mártir, y se supone que estos gloriosos saben de lo que hablan.

Él[1] advierte contra el error de mirar el espejo, en lugar de verse a sí mismo en el espejo. Yo aprovecho la observación y te pregunto, oyente mío, si no parece destinada a nuestros tiempos y circunstancias y, sobre todo, a los tiempos más re-

1 Kierkegaard se refiere aquí al apóstol Santiago, en especial cap. 1, 23 de su Epístola: "porque si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural".

cientes de la cristiandad; pues la "Palabra de Dios" es el espejo: pero, pero —¡oh, incalculable fárrago!: ¿cuánto pertenece, en el sentido más estricto, a la "Palabra de Dios", cuáles libros son auténticos, si son también de los apóstoles y si estos son también confiables, si ellos mismos han visto todo o si quizás en relación con ciertas cosas sólo lo han escuchado de otros; y ahora las variantes, 30.000 variantes distintas; y entonces esta multitud o aglomeración de eruditos y opiniones, y opiniones eruditas y no eruditas sobre cómo entender cada pasaje...? ¿No es cierto que esto parece bastante farragoso? La Palabra de Dios es el espejo – al leer y escuchar tengo que verme en el espejo: pero, mira, esto del espejo se confunde tanto que nunca logro reflejarme – al menos no cuando tomo este camino. Uno casi podría verse tentado de suponer que aquí está en juego toda la malicia humana (ay, y cierto es que nosotros los hombres, en relación con Dios y lo divino y la verdad temerosa de Dios, somos tan maliciosos; no es en absoluto como solemos decirnos los unos a los otros, que estaríamos dispuestos a hacer la voluntad de Dios si tan sólo pudiéramos conocerla), uno casi podría verse tentado de suponer que esto es malicia, que los hombres no queremos vernos en aquel espejo, y por eso hemos inventado todas estas cosas que amenazan con hacer imposible el espejo, todas estas cosas que honramos con los nombres elogiosos de investigaciones y reflexiones eruditas profundas y serias.

Oyente mío, ¿cuánto aprecias la Palabra de Dios? No digas ahora que la aprecias tanto que ninguna palabra podría expresarlo, pues también se puede hablar con tanto énfasis que no se diga nada; por eso, para llegar a algo, consideremos una simple relación humana. Si tú aprecias aún más la Palabra de Dios, tanto mejor.

Imagínate a un enamorado que ha recibido una carta de su amada – tan preciosa como es esta carta para el enamorado, tan preciosa, supongo yo, es esta carta para ti, la Palabra de Dios; así como el enamorado lee esta carta, así, supongo yo, que tú lees y que tú entiendes que debes leer la Palabra de Dios.

Pero quizá digas: "sí, pero la Sagrada Escritura está escrita en un idioma extraño." En realidad, son más bien los eruditos quienes necesitan leer la Escritura en el idioma original; pero, si tú no lo quieres de otro modo, si quieres insistir en que debes leer la Escritura en el idioma original: bien, podemos quedarnos con la imagen de la carta de la amada, y sólo agregar una pequeña precisión.

Supongo entonces que esta carta de la amada está escrita en un idioma que el enamorado no entiende; y no hay nadie ahí que se la pueda traducir y quizás él ni siquiera desee tal ayuda para evitar que un extraño conozca sus secretos. ¿Qué hace él entonces? Toma un diccionario, se sienta a descifrar la carta, busca en él cada palabra para lograr así una traducción. Supongamos ahora que, mientras está ocupado con esta tarea, llega un conocido suyo, que sabe que esta carta ha llegado;

cuando mira hacia la mesa, la ve ahí y dice: "Mmm... ¿estás leyendo la carta que recibiste de tu amada?" ¿Qué crees tú que dirá el otro? Responderá: "¡Estás loco si crees tú que estoy leyendo una carta de mi amada! No, mi amigo, estoy aquí quemándome las pestañas para poder traducir con la ayuda de un diccionario y a veces estoy a punto de estallar de impaciencia, la sangre se me sube a la cabeza y me dan ganas de lanzar el diccionario al piso – ¿y tú llamas a esto leer? ¿te burlas de mí? Pronto, gracias a Dios, habré terminado con la traducción y entonces, sí, sólo entonces, podré leer la carta de la amada. Esto es otra cosa – pero a quién le estoy hablando..., pedazo de idiota, apártate de mi vista, no quiero ni verte, a ti que te atreviste a ofendernos de tal modo a mi amada y a mí que a esto le llamas leer una carta suya. Pero, quédate, quédate, sabes bien que es sólo una de mis bromas; me gustaría que te quedaras, pero sinceramente no tengo tiempo, todavía me queda algo por traducir y estoy ansioso de poder leerla – por eso, no te enfades, pero vete, así termino de una vez."

Pues bien, el enamorado distingue, respecto de la carta de la amada, entre leer y leer, entre leer con el diccionario y leer la carta de la amada. La sangre se le sube de impaciencia a la cabeza mientras hace magia para leer con diccionario, se pone furioso cuando el amigo se atreve a identificar esta lectura erudita con la lectura de la carta de la amada. Ahora terminó la traducción – ahora lee la carta de la amada. Él consideraba todo este trabajo preparatorio erudito, si me permites, como un mal necesario que le haría posible llegar a – leer la carta de la amada.

No dejemos escapar esta imagen demasiado pronto. Supongamos que esta carta de la amada no sólo contiene la declaración de un sentimiento, como hacen por lo general estas cartas, sino que contiene también un deseo, algo que la amada quiere que el amante haga. Era mucho, supongamos, lo que se exigía de él, tanto que un tercero cualquiera diría que había buenas razones para vacilar, pero el amante – en el mismo segundo se apresura a cumplir el deseo de la amada. Supongamos que, al cabo de un tiempo, los amantes se encuentren y la amada diga: "pero, querido, eso no te lo había exigido en absoluto; debes haber entendido o traducido mal esa palabra" – ¿crees que el amante entonces se arrepentiría de haberse apresurado a cumplir el deseo en el mismo segundo, en lugar de tener algunas prevenciones y haber recurrido quizás a la ayuda de un par de diccionarios más? ¿No crees que de este modo primero habría conseguido aumentar las dudas y luego habría conseguido traducir la palabra correctamente para quedar libre de cumplir el deseo? – ¿crees tú que él se arrepiente de su error? ¿crees tú que por ese error agrada menos a la amada? Imagínate a un niño, lo que se llama un discípulo aplicado y capaz; cuando el maestro les asigna la lección para el día siguiente, dice: vamos a ver si la saben bien para mañana. A nuestro aplicado discípulo, esto le produce una profunda impresión. Vuelve del colegio a casa y enseguida se aboca al trabajo. Pero él no ha escuchado con precisión hasta dónde tienen que

estudiar; ¿qué hace? La exhortación del maestro le ha causado tal impresión que estudia el doble de lo que en realidad debía: ¿crees tú entonces que el maestro lo tendrá en menos por haber estudiado muy bien una lección el doble de extensa? Imagina a otro discípulo; él también había escuchado la exhortación del maestro, y tampoco entendió con precisión hasta dónde tenía que estudiar. Cuando llegó a casa, dijo: primero debo averiguar cuánto tenemos que estudiar. Entonces, fue a lo de uno de sus compañeros, después a lo de otro, que tampoco estaba en casa, pero se puso a hablar con un hermano mayor del compañero – y finalmente volvió a casa, y el tiempo había pasado ¡y no alcanzó a estudiar nada!

Por lo tanto, el enamorado, con respecto a la carta de la amada, distinguió entre leer y leer; además, entendió que, si la carta contenía un deseo, debía ponerse a cumplirlo de inmediato, sin un segundo que perder.

Considera ahora la Palabra de Dios. Cuando lees la Palabra de Dios en forma erudita – no despreciamos la erudición, no, lejos de ello – pero recuérdalo bien: cuando lees la Palabra de Dios de manera erudita, con un diccionario, etc., no lees la Palabra de Dios – recuerda al enamorado que dijo: "Esto no es leer la carta de la amada." Si eres un erudito, ten cuidado, más allá de toda esta lectura erudita (que no es leer la Palabra de Dios), ten cuidado de no olvidar leer la Palabra de Dios. Si no eres un erudito, ¡oh, no lo envidies; alégrate de que de inmediato puedas ponerte a leer la Palabra de Dios!

Y si encuentras ahora un deseo, un mandamiento, una orden, entonces –¡recuerda al enamorado!– ve de inmediato a actuar en consecuencia. "Pero", dices quizás, "hay tantos pasajes oscuros en la Sagrada Escritura, libros enteros que casi son como enigmas." A esto, yo respondería: para tomar en cuenta esta objeción, debería provenir de alguien cuya vida expresara que ha cumplido minuciosamente con todos los pasajes fáciles de entender. ¿Es éste tu caso? Así se comportaría el enamorado con la carta; si hubiera pasajes oscuros pero también deseos claramente expresados, diría: "debo cumplir de inmediato con el deseo y después veré qué hago con los pasajes oscuros, ¡oh, porqué debería ponerme a reflexionar sobre los pasajes oscuros y dejar incumplido el deseo, el deseo que claramente entendí!" Esto significa que, cuando lees la Palabra de Dios, lo que te obliga no son los pasajes oscuros, sino lo que entiendes y debes cumplirlo, cumplirlo de inmediato. Si hubiera un solo pasaje que entiendes en toda la Sagrada Escritura, pues bien, entonces primero tienes que cumplirlo; en lugar de sentarte a reflexionar antes sobre los pasajes oscuros. Si no lees la Palabra de Dios de modo que consideres que la menor migaja que entiendes te obliga de inmediato a actuar en consecuencia, entonces no lees la Palabra de Dios. Así pensó el enamorado: "si yo, en lugar de correr de inmediato a cumplir el deseo que entiendo, me voy a sentar a reflexionar sobre lo que no entiendo, entonces no leo la carta de la amada. Puedo comparecer ante la amada con la conciencia tranquila y decir: había algunos pasajes oscuros

en tu carta, en relación con los cuales he dicho que a cada día le baste su afán; pero había un deseo que entendí y que cumplí de inmediato. En cambio, no puedo comparecer con la conciencia tranquila y decir: había algunos pasajes oscuros en tu carta y sobre ellos me puse a reflexionar, y en relación con tu deseo que ciertamente entendí, dije: que a cada día le baste su afán." Pero quizá temes que en relación con la Palabra de Dios te pase lo que al enamorado con la carta, que a ti (sin embargo, seguramente este temor es infundado en relación con las exigencias de Dios), que a ti te suceda que hagas alguna cosa de más y que al consultar otro diccionario te des cuenta de que no se te exigía tanto: oh, amigo mío, ¿acaso le disgustaría a la amada que el enamorado hiciera alguna cosa de más? ¿Y qué crees que el enamorado diría en caso de abrigar un temor como éste? Diría: "El que abriga un temor como éste de llegar a hacer alguna cosa de más, no lee la carta de la amada"; y yo diría: tampoco lee la Palabra de Dios.

No abandonemos todavía esta imagen de la carta de la amada. Cuando estaba ocupado en traducirla con la ayuda de un diccionario, fue interrumpido por un conocido que se le acercó. Él se impacientó, "pero –seguramente nos diría– sólo fue porque se me retrasaba el trabajo, pues por lo demás me daba lo mismo; ni siquiera estaba leyendo la carta. En efecto, si alguien se me hubiera acercado mientras leía la carta, habría sido otra cosa; habría sido un fastidio. Sin embargo, me aseguraré de que esto no suceda; antes de comenzar a leer, cierro mi puerta con llave y no estoy para nadie: pues quiero estar solo, sin que me fastidien, solo con la carta; si no lo estoy, tampoco leo la carta de la amada."

Él quiere estar solo, sin que lo fastidien, solo con la carta. "De otro modo –dice– yo no leo la carta de la amada."

Y así también con la Palabra de Dios; quien no está a solas con la Palabra de Dios no lee la Palabra de Dios.

¡A solas con la Palabra de Dios! Oyente mío, permíteme hacer una confesión: yo personalmente todavía no me atrevo a estar totalmente a solas con la Palabra de Dios, tan a solas como para que no se deslice ninguna ilusión. Y permíteme entonces decir una cosa: nunca he visto a nadie de quien me atreviera a creer que tenía la sinceridad y el valor de estar a solas con la Palabra de Dios, tan a solas como para que no se deslizara ninguna ilusión.

¡Qué extraño! Cuando en nuestro tiempo se presenta un hombre fuertemente conmocionado y fija el precio de ser cristiano en apenas una quinta parte del precio que establece el Evangelio, entonces se grita: "Cuídense de este hombre, no lean lo que escribe, mucho menos en soledad; no hablen con él, mucho menos

a solas; es un tipo peligroso."[2] ¡Pero la Sagrada Escritura! Sí, casi todo hombre la posee, no se vacila en regalar este libro a todo confirmando (es decir, en la edad más peligrosa). En verdad, hay muchas ilusiones asociadas con esto, se nos ha hecho costumbre tener el libro entre nosotros; se lo debe leer de un modo especial – por lo menos de tal manera que se esté a solas con él.

¡Estar a solas con la Sagrada Escritura! ¡Yo no me animo! Apenas abro el libro, el primer pasaje que aparece – me atrapa instantáneamente, me pregunta (sí, como si fuera Dios mismo el que interrogase): ¿has cumplido con lo que lees ahí? Y entonces, entonces... sí, entonces estoy atrapado. Entonces, o bien de inmediato a la acción, o bien instantáneamente el reconocimiento humillante.

Oh, estar a solas con la Sagrada Escritura – pues de lo contrario, no lees la Sagrada Escritura.

Estar a solas con la Palabra de Dios; que esto es algo peligroso también lo han admitido tácitamente los hombres más capaces. Quizás haya habido alguien (un hombre más capaz y más serio, aunque no podamos aplaudir su decisión) que se dijo a sí mismo: "no sirvo para hacer algo a medias – y este libro, la Palabra de Dios, es un libro sumamente peligroso para mí, y es un libro tiránico: si se le da un dedo, se toma toda la mano; si se le da toda la mano, se toma al hombre entero y tal vez transforme de pronto toda mi vida según una medida inmensa. No, sin (cosa que detestaría), sin permitirme ni una sola palabra burlona ni peyorativa sobre este libro, lo llevo a un lugar apartado; no quiero estar a solas con él." Nosotros no lo aprobamos; sin embargo, hay algo en esto, que sí aprobamos: una cierta honestidad.

Pero también uno puede protegerse contra la Palabra de Dios haciendo alarde de que se atreve a estar a solas con ella, cuando en realidad no es cierto. Pues toma la Sagrada Escritura, cierra tu puerta – pero toma entonces diez diccionarios y veinticinco interpretaciones: de este modo puedes leerla tan tranquilo y distante como si leyeras el diario local. Si de pronto, mientras estás leyendo, lo que sería bastante extraño, se te ocurre preguntar: ¿he hecho esto? ¿estoy actuando en consecuencia? (es naturalmente en un descuido, en un momento de distracción, en que no estás concentrado con la seriedad habitual, que se te puede ocurrir algo así), entonces el peligro no es tan grande. Pues, mira, quizás haya distintas lecturas y quizá se encuentre un nuevo manuscrito justo ahora: ¡por supuesto! – y perspectivas de nuevas lecturas, y quizás haya cinco intérpretes con una opinión y siete con otra y dos con una opinión extraña y tres vacilantes o sin opinión, y "yo mismo no

2 Es muy posible que Kierkegaard se refiera aquí a su propio caso. En el momento en que escribe estas páginas, 1851, él está sufriendo duras críticas por parte de representantes de la Iglesia, que lo acusan de propugnar un cristianismo demasiado severo. Críticas similares ha recibido también en nuestros días. Sin embargo, tal como él mismo lo aclara, lejos de aumentar el precio de ser cristiano, lo está limitando al cumplimiento estricto de los pasajes de la Sagrada Escritura que el lector pueda comprender con toda claridad.

estoy del todo de acuerdo conmigo mismo acerca del sentido de este pasaje o, para decir mi opinión, soy de la misma opinión que los tres vacilantes que no tienen opinión", etc. Alguien así no será puesto en el aprieto en que me veo yo, que de inmediato debo actuar según la Palabra o hacer el humillante reconocimiento. No, él está tranquilo, él dice "por mi parte, no hay ningún problema, ya llegaré a actuar en consecuencia – una vez que se hayan ordenado las lecturas y los intérpretes se hayan puesto más o menos de acuerdo." ¡Ajá! De esta manera queda claro que habrá que esperar un largo tiempo. En cambio, el hombre, salvo que sea aguijoneado por el error, logra ocultar que es él mismo quien no tiene ganas de renegar de la carne y la sangre y obrar según la Palabra de Dios. ¡Oh, triste abuso de la erudición; oh, que a los hombres les resulte tan fácil engañarse a sí mismos!

Puesto que si no hubiera tantas ilusiones y autoengaños, todos reconocerían, como yo: no me atrevo a estar a solas con la Palabra de Dios.

A solas con la Palabra de Dios, así hay que estar, como el enamorado quiere estar a solas con la carta de la amada; de lo contrario, eso no sería leer la carta de la amada – y de lo contrario, eso no es leer la Palabra de Dios, ni verse a sí mismo en el espejo. Y esto era lo que debíamos y lo primero que debíamos, si para bendición queríamos contemplarnos en el espejo de la Palabra; no debíamos mirar el espejo, sino mirarnos en el espejo. Si eres erudito, recuerda que si no lees la Palabra de Dios de otro modo que como erudito, después de haber leído en la Palabra de Dios durante toda la vida y muchas horas por cada bendito día, sin embargo, nunca habrás leído – la Palabra de Dios. Haz la distinción para que (además de la lectura erudita) también leas la Palabra de Dios, o al menos reconoce para ti mismo que, a pesar de la diaria lectura erudita, en ella no lees la Palabra de Dios, que con la Palabra de Dios no quieres saber nada en absoluto. Si eres un lego, se supone que tanto menos serás inducido a mirar equivocadamente; por lo tanto, derecho al grano, ninguna demora en contemplar el espejo; más bien, ve derecho a contemplarte en el espejo.

Pero, ¿cómo se lee de hecho la Palabra de Dios en la cristiandad? Si se nos dividiera en dos clases – pues casos singulares no pueden tomarse en cuenta –, debería decirse: la mayoría nunca lee la Palabra de Dios; una minoría la lee de uno u otro modo erudito, es decir, no lee la Palabra de Dios, sino que contempla el espejo. O, para decir lo mismo de otro modo: la mayoría considera la Palabra de Dios como un texto caduco de la antigüedad al que hay que dejar de lado; una minoría considera la Palabra de Dios como un texto de la antigüedad sumamente extraño en el que se invierte una sorprendente dedicación y perspicacia, etc. – contemplando el espejo.

Imagina un país. Se comunica una orden del rey a todos los funcionarios, súbditos, en fin, a toda la población. ¿Qué sucede? Se produce en todos un ex-

traño cambio: todo se transforma en intérpretes; los funcionarios se convierten en escritores; una interpretación más erudita, más perspicaz, más elegante, más profunda, más ingeniosa, más maravillosa, más hermosa y más maravillosamente hermosa que la otra, aparece cada bendito día. La crítica, que debe mantener la visión de conjunto, no puede hacerlo con tan enorme literatura; sí, la crítica misma se convierte en una literatura tan vasta que es imposible mantener la visión de conjunto con la crítica: todo es interpretación – pero nadie leyó la orden del rey y la cumplió. Y no sólo que todo se convirtió en interpretación, sino que también se desplazó el criterio de seriedad, y estar ocupado con la interpretación pasó a ser la verdadera seriedad. Imagínate que este rey no es un rey humano – pues para un rey humano sería comprensible que se burlaran de él, dando vuelta el asunto de este modo. Pero como un rey humano es dependiente en especial del conjunto de sus funcionarios y súbditos, se vería obligado a poner a mal tiempo buena cara, a fingir que todo está en orden, de modo que el intérprete más elegante, en recompensa, sea ascendido en la nobleza, y el más profundo sea honrado con una condecoración, etc. – Imagínate que este rey sea todopoderoso y que, por lo tanto, no sea puesto en un dilema por más que todos los funcionarios y súbditos le jueguen sucio. ¿Qué crees que este rey todopoderoso pensaría ahora? Seguramente diría: que no cumplieran mi orden, podría perdonarlo: es más, si unidos me presentaran un escrito para solicitar que tuviera paciencia con ellos o que directamente los eximiera de cumplir esta orden que les resulta gravosa, también los perdonaría. Pero lo que no puedo perdonar es que, para colmo, se haya desplazado el criterio de seriedad.

¡Y ahora la Palabra de Dios! "Mi casa es casa de oración, y ustedes la convirtieron en una cueva de ladrones." Y la Palabra de Dios ¿qué es según su determinación y en qué la hemos convertido? Todo este interpretar e interpretar y ciencia y nueva ciencia se presentan bajo una forma solemne y grave cuyo único fin es entender correctamente la Palabra de Dios – mira más de cerca, y verás que es para defenderse de la Palabra de Dios. Es fácil comprender la exigencia contenida en la Palabra de Dios ("da todos tus bienes a los pobres", "cuando alguien te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele la izquierda", "cuando alguien te quite la túnica, dale también el manto", "estén siempre alegres", "considérenlo un gran gozo caer en numerosas tentaciones"[3], etc., todo tan fácil de comprender como la expresión "hoy hay buen tiempo", una observación que sólo de una manera podría volverse difícil de entender: si surgiera una literatura para interpretarla), ni siquiera el más obtuso pobre desgraciado puede en verdad decir que no comprende la

3 Esta es la traducción literal al castellano de la cita que hace Kierkegaard de Santiago 1,2 según la versión danesa del Nuevo Testamento autorizada por las resoluciones de Su Majestad el Rey Federico VI del 19 de agosto de 1818 y el 17 de febrero de 1819. Cabe agregar que en el original griego el autor de la epístola usa el verbo ***pípto*** = ***caer*** y el término ***peirasmós*** = ***tentación*** o ***prueba***. (Agradecemos al Dr. René Krüger por aportarnos esta observación.)

exigencia – pero a la carne y la sangre le cuesta querer comprenderlo y tener que actuar en consecuencia. Y, a mi entender, es humano que un hombre se acobarde ante la posibilidad de que la Palabra adquiera poder sobre él – aunque ningún otro quiera reconocerlo, yo reconozco que lo hago. Es humano pedirle a Dios que tenga paciencia, si uno no puede de inmediato hacer lo que debe, siempre y cuando uno prometa tratar de hacerlo; es humano pedirle a Dios que tenga compasión, porque la exigencia es demasiado alta para uno: aunque ningún otro quiera reconocer esto de *sí mismo, yo reconozco que lo hago. Pero no es humano dar al asunto un giro* totalmente distinto: que yo con astucia intercale una capa tras otra de interpretación y ciencia y otra vez ciencia (más o menos menos como un niño que coloca una o más toallas debajo de su casaca, antes de recibir la paliza), que intercale todo esto entre la Palabra y yo, y entonces a esta interpretación y cientificidad le dé el nombre de seriedad y celo por la verdad, y entonces permita que este ajetreo tome tales dimensiones que nunca logre recibir la impresión de la Palabra de Dios, que nunca logre llegar a contemplarme en el espejo. Pareciera que todo este investigar y cavilar e indagar y fundamentar me acercara a mí la Palabra de Dios: la verdad es que precisamente de este modo, de la manera más astuta, alejo la Palabra de Dios lo más posible de mí, infinitamente más lejos que lo que está de aquel que nunca vio la Palabra de Dios, infinitamente más lejos que lo que está de aquel que se angustió y atemorizó tanto por la Palabra de Dios que la arrojó de sí lo más lejos posible.

Pues una distancia aún mayor de lo exigido (mirarse a sí mismo en el espejo), una distancia aún mayor de lo exigido que no mirarse nunca en el espejo, una distancia aún mayor es, año tras año, cada bendito día, poder estar sentado lo más tranquilo – y contemplar nada más que el espejo.